

Francisco Gómez Martos, *La creación de una historia nacional: Juan de Mariana y el papel de la Antigüedad en la Edad Moderna* (=Anejos de la Revista de Historiografía 8), Madrid, Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja–Dykinson, 2018, 270 pp. [ISBN: 978-84-9148-547-6].

Razonablemente, el planteamiento sistemático de este libro tiene bastante que ver con el hecho de que fuese en origen una tesis doctoral, *Juan de Mariana y la Historia Antigua. Planteamientos historiográficos*, defendida en 2012 en la Universidad Carlos III de Madrid y dirigida por el Dr. Jaime Alvar Ezquerro. Como este último apunta en el prólogo del libro (pp. 11-15), la investigación debe contextualizarse, por tanto, en un marco institucional específico: el Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja, de dicha universidad, que en los últimos años ha constituido una plataforma fundamental en la generación y difusión de conocimiento en torno a la historia de la historiografía.

Gómez Martos analiza los cuatro libros dedicados a la Antigüedad de la obra más célebre e influyente de Juan de Mariana, la *Historia general de España* (1592-1601), centrándose en su proceso intelectual y función ideológica. Como señala Alvar, los resultados son hasta cierto punto conocidos y esperables, coincidentes con las interpretaciones previas asentadas en lo fundamental por F. Wulff Alonso (*Las esencias patrias: historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, 2003). Desde luego, Gómez Martos rebasa cualquier otra aproximación a la cuestión, con una exhaustividad que refuerza y matiza eficazmente elementos fundamentales dentro de esa concepción básica. Además, su estructura ordenada y su estilo claro facilitan mucho el aprovechamiento del libro, a lo que contribuyen el índice onomástico y el cuidado sistema de referencias a ediciones y documentos. Quizá se eche en falta una mínima reflexión teórica y/o metodológica que explique la elección del enfoque, la estructura y el tratamiento de las fuentes, así como una cierta recensión bibliográfica inicial (esto se hace muy sucintamente en el prólogo); aun tratándose de lugares comunes, ayudarían al no iniciado a ubicar el estudio dentro de su ámbito de investigación.

El libro se divide en dos partes, la primera de ellas dedicada a considerar el contexto de la época, el autor y su obra. Así, el capítulo I (Historiografía e Historia Antigua en España durante el siglo XVI, pp. 25-36) calibra la importancia de ese periodo en la transformación de la historiografía hispánica: el mito gótico que entroncaba a la monarquía con los visigodos se volvió insuficiente y el auge del Renacimiento italiano empujó a buscar referentes patrióticos más remotos, generó la “necesidad de historiar la Antigüedad”. Tras múltiples intentos inconclusos, fue Mariana quien logró la solución más certera y duradera ante esa carencia. El capítulo II (Vida y obra de Juan de Mariana (1536-1624), pp. 37-52) revisita la biografía del autor, destaca su formación europea, su integración en los círculos cortesanos y el carácter polémico de sus tratados políticos, que le causaron problemas con la justicia;

perfila la figura de un intelectual en un interesante equilibrio entre el posicionamiento oficialista y una cierta independencia crítica. El capítulo III (La Historia, pp. 53-60) aborda las circunstancias concretas de la publicación de la que considera la “gran historia nacional de España”, en su versión en latín (1592) y su traducción castellana (1601). Subraya su carácter relativamente extraoficial, en contraste con los proyectos orquestados en torno a la figura del cronista real, así como su éxito arrollador, desde el momento de su aparición hasta el siglo XIX, lo que demuestra el acierto de su enfoque y la convierte en una obra enormemente influyente. De su contenido destaca la construcción de una identidad particularista como el hilo que recorre todo el relato; la representación de la historia antigua, relativamente escasa, incide precisamente en aquellos hitos que hablan de la definición y manifestación de dicha identidad: los orígenes e independencia del pueblo español.

Esta primera parte constituye un contexto clásico en su estructura y contenido, y, ciertamente, Mariana es un historiador bien estudiado; se deja claro que buena parte del análisis general parte de R. Kagan (*Clio and the Crown: the Politics of History in Medieval & Early Modern Spain*, Baltimore, 2009) y se reconoce que todo repaso a la figura de Mariana debe remitir ineludiblemente a G. Cirot (*Études sur l'historiographie espagnole. Mariana historien*, Bordeaux, 1904). En todo caso, el panorama que ofrece Gómez Martos es preciso en la selección de datos entre el maremágnum disponible. Además, resulta plenamente consistente con el planteamiento del posterior estudio específico, al situar la *Historia* en un momento clave de transformación e identificar el compromiso de Mariana con una causa política (el reforzamiento de una identidad nacional) cargando con ciertas contradicciones intelectuales.

La segunda parte supone la aportación más valiosa y sustancial del libro. Recorre por orden los distintos periodos de la Antigüedad contenidos en la *Historia* aplicando a cada uno el mismo análisis bipartito. Primero identifica las fuentes antiguas y modernas que empleó Mariana para cada apartado, un rastreo erudito y minucioso sobre el origen de la información que nos recuerda la formación clasicista de Gómez Martos. Quizá sea la parte más laboriosa e ingrata del estudio, pero también probablemente la que resulte más útil y celebrada para cualquier investigador que se enfrente a esta problemática. En segundo lugar, sintetiza el contenido del apartado correspondiente e interpreta la visión de Mariana al respecto. Este punto más analítico aborda el planteamiento discursivo, el proceso de selección u omisión de los datos y sus implicaciones ideológicas. Ciertamente, esta doble perspectiva conlleva la reiteración de algunas ideas, pero resulta plenamente operativa, aporta claridad a la estructura y cumple adecuadamente la función de situar a Mariana en el complejo devenir historiográfico de su tiempo, tanto en el plano metodológico como en el político.

La división de los distintos periodos parece lógica y equilibrada. El capítulo IV (Tiempos primitivos, pp. 63-99) es el más complejo, pues explora el nebuloso periodo entre las míticas fundaciones bíblicas y las primeras colonizaciones históricas. Este es un campo particularmente controvertido en la valoración de Mariana, pues atañe al material legendario medieval y moderno sobre Túbal y los reinados míticos potenciado por Annio de Viterbo. Ante estas fábulas Mariana mantuvo una posición más evasiva que crítica: cuestionó o eludió algunos de los extremos más inverosímiles, pero sin ofrecer una versión alternativa ni renunciar a su potencial simbólico como horizonte fundacional de la nación española. Por su parte, las colonizaciones históricas de fenicios y griegos, enlazando con el capítulo

V (Dominio cartaginés, pp. 101-134), están condicionadas por una idea fundamental de la *Historia*: los antiguos españoles estuvieron continuamente asediados por invasiones extranjeras indeseables y corruptoras, movidas por la codicia y la perfidia, que encararon heroicamente. También esos relatos jugaron con información legendaria, episodios y personajes ficticios para reforzar la idea de la resistencia constante y generalizada, además de impregnarse de prejuicios antisemitas que amplificaban la demonización de fenicios y púnicos. Este concepto culmina en la parte analizada en el capítulo VI (Conquista romana, pp. 135-180): se insiste prolíficamente en el uso de material poco fiable (falsos epigráficos, tergiversación literaria, etc.) y, sobre todo, en la exaltación simplificada de la oposición hispana al invasor. Acontecimientos como la Guerra de Viriato o el asedio de Numancia adquirieron la dimensión de las grandes epopeyas que condensan todas las virtudes de la nación (valor, independencia, honor, etc.) y las necesarias enseñanzas para el futuro (la búsqueda de la unidad). El capítulo VII (Hispania, pp. 181-231) trata el apartado más amplio cronológicamente, el periodo imperial, aunque también el más breve, significativamente. Aquí cambió el planteamiento narrativo por otro más reflexivo, centrado en contemplar esa etapa de sumisión desde tres perspectivas: la nacionalidad (la aportación hispana a la grandeza del Imperio), la religión (la actitud romana ante el cristianismo) y la política (la actuación imperial como espejo de la problemática política moderna).

Concluye Gómez Martos (pp. 233-244) con varias ideas precisas y claras que van más allá de los pormenores concretos de la historia antigua, pero que se habían ido anticipando en la casuística concreta. Se constata una impresión esencial: Mariana no aportó nada al conocimiento de la historia antigua de la península ibérica, sino que dependió plenamente de las reconstrucciones previas, comulgando con gran parte de sus falseamientos y equívocos, a lo que cabe añadir su imprecisión en el uso indirecto de las fuentes clásicas, lo que contrasta con la erudición y el rigor de otras obras suyas. Obviamente, su intención y su mérito fueron otros. La aceptación arbitraria del mito, la elusión de la controversia y su bajo nivel crítico revelan la preponderancia del principio de utilidad en su trabajo, su concepción de la historiografía como referente moral para el presente: su prioridad era componer una obra de estilo sencillo y asequible que fuese fácilmente entendida y ampliamente leída; su mérito fue sintetizar e integrar una cantidad ingente de información para ofrecer una narrativa unitaria e inequívoca de la historia de España. Fue eficaz al concebir la heterogénea Antigüedad como un continuo coherente protagonizado por un pueblo único al que movía una misión teleológica, estaba enraizado en una unidad geográfica delimitada y detentaba unos rasgos etnográficos atemporales. Al filtrar en ello reflexiones acerca de las limitaciones del poder imperial estaba sugiriendo las directrices que ese pueblo debía seguir en el futuro.

Esta interpretación general de Gómez Martos resulta convincente y está bien sustentada a lo largo de todo su recorrido. En todo caso, cabe una reflexión sobre las ramificaciones más globales del estudio. Ciertamente, sus conclusiones son plenamente pertinentes en el debate vigente acerca del proceso de construcción de la identidad nacional española y sus mecanismos de apuntalamiento cultural. En concreto, la obra de Mariana es clave en lo referente a la cronología de este fenómeno: ¿es la identidad nacional algo propiamente contemporáneo o puede remontarse a la Edad Moderna? ¿Dónde están los límites en el uso de los conceptos de nación, nacional o nacionalismo? (*vid.* M. Ballester Rodríguez, “La nación

premoderna”, *Claves de Razón Práctica* 256, 2018, 52-59). El papel de Mariana en la articulación de esa identidad étnica ancestral entre los siglos XVI y XVII ha sido un argumento fundamental para los partidarios del posicionamiento “premodernista”. Gómez Martos es consciente, cita la bibliografía esencial y emplea algunos de sus razonamientos y su terminología (desde el propio título del libro); sin embargo, evita posicionarse explícitamente en el debate, lo que, sin cambiar necesariamente sus interpretaciones, habría potenciado su proyección en una controversia intelectual que resulta actual a muchos niveles. Habría sido interesante conocer su opinión acerca de estas y otras cuestiones que planean sobre su objeto de estudio. En todo caso, esto no cambia el hecho de que su trabajo, centrado, sistemático y útil para investigadores de diversos campos, se constituya como un referente en lo que respecta a la historiografía moderna y, en general, a la reflexión sobre el lugar del pasado en las realidades presentes.

Tomas Aguilera Durán
Universidade de Santiago de Compostela
tomas.aguilera@unizar.es